

Anunciación del Señor

SANTO DEL DÍA

08_04_2024



“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. El saludo del arcángel Gabriel a María resume de manera única el misterio de la Anunciación, el acontecimiento central en la historia del hombre que revela todo el amor de Dios por su criatura, llamada a cooperar en su plan de salvación. En la Anunciación se realiza el primer cumplimiento de las antiguas promesas y la espera del Salvador encuentra su respuesta, totalmente sorprendente para las expectativas humanas, a partir de las circunstancias. Para manifestar su omnipotencia, Dios elige Nazaret, una ciudad secundaria de una región

periférica como Galilea. Y, sobre todo, elige a la muy humilde María, que después del saludo del mensajero celeste, aún turbada, oye que le dice: “No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús”.

Este espléndido pasaje del Evangelio según Lucas (Lc 1, 26-38) nos refiere que María preguntó cómo podía ser virgen y madre a la vez (“¿Cómo será eso, pues no conozco varón?”), una pregunta que, ciertamente, habrá acompañado a tantos hijos de Israel desde el tiempo de la enigmática profecía de Isaías: “Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre *Enmanuel*” (Is 7, 14), que significa *Dios con nosotros*, como recordaba el evangelista Mateo. María supo en ese momento, por el ángel, que la virgen anunciada por el profeta era Ella: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios”. Y anunciándole la milagrosa concepción de su prima Isabel, san Gabriel pone como el sello de garantía sobre el inmenso plan, la Encarnación del Verbo (*summum opus Dei*, dirá el beato Duns Scoto), que el Omnipotente tenía para Ella y por medio de Ella: “Para Dios nada hay imposible”.

María no sólo creyó, sino que ofreció libre y plenamente toda su persona al plan divino: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. Desde el instante de su *sí*, tan dócil y abandonado a la Voluntad divina, María se convirtió en el Arca de la Nueva Alianza, que “con inefable amor llevó en su seno al primogénito de la humanidad nueva” (*Prefacio*), es decir, Jesús, el nuevo Adán: por esto, san Anselmo de Aosta [o Canterbury], meditando acerca del pecado original, pudo decir que María es la Madre de la re-creación del género humano. El Niño concebido en su seno virginal, premisa para la Redención a través del sacrificio en la cruz, es el signo tangible de la fidelidad de Dios y de su deseo de salvar al hombre, para hacerle partícipe de la vida divina. El Dios oculto, del que muchos judíos no se atrevían ni siquiera a pronunciar el nombre, se ha revelado haciéndose carne en la plenitud de los tiempos y manifestando, ya en su nombre, el porqué de su descenso entre los hombres: “Le pondrás por nombre Jesús”, que significa *Dios es la salvación*.

La Solemnidad de la Anunciación se celebra normalmente el 25 de marzo, pero se pospone cuando esta fecha coincide con un domingo de Cuaresma, o cuando cae en Semana Santa o durante la Octava de Pascua. Se tiene testimonio cierto de la solemne liturgia del día de la Anunciación en un canon del X Concilio de Toledo (656), que demuestra la difusión a toda la Iglesia, signo de un origen aún más antiguo. La fecha del 25 de marzo está directamente vinculada a la de la **Navidad**, pues es nueve meses anterior a esta. El Misal Romano recuerda que “cálculos sabios y consideraciones

místicas fijaban igualmente en el 25 de marzo el acontecimiento de la primera creación y de la renovación del mundo en la Pascua”. Hablando de cálculos sabios, debemos mencionar a Dionisio el Exiguo, el cual, alrededor del año 525, tras recibir el encargo de elaborar un método matemático para calcular la fecha de la Pascua, comenzó a numerar los años “desde la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo”. Como un promemoria perenne sobre el acontecimiento principal de la salvación, que nos exhorta a decir nuestro *sí*, como hizo María.